

ELSIE
SILVER



Powerless

SIN CONTROL

SAGA CHESTNUT SPRINGS

CONTRALUZ

**ELSIE
SILVER**

Powerless

SIN CONTROL

SAGA CHESTNUT SPRINGS

Traducido del inglés por Elena Macián Masip

CONTRALUZ

Título original: *Powerless*

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 POWERLESS by Elsie Silver

© de la traducción: Elena Macián Masip, 2025

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2025

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.com

ISBN: 978-84-19822-70-3

Depósito legal: M. 4991-2025

Printed in Spain

*Para todos aquellos que se han pasado la vida siendo
un poco *demasiado* complacientes.
Para que aprendan a no temer decepcionar
a otros si con eso evitan decepcionarse a sí mismos.*

La verdad es que apenas controlamos
unas pocas cosas en la vida.
El resto es una auténtica lotería.

KANDI STEINER

Nota para el lector

Este libro aborda temas delicados, como el trauma infantil, la muerte de un ser querido y la ansiedad. Espero haberlos tratado con el respeto y el cuidado que se merecen.

Prólogo *Sloane*

Antes...

La puerta del coche se abre antes de que el motor del Bentley se haya apagado. Mis padres aún no se han bajado cuando ya mis pies tocan la grava del camino de entrada. En un abrir y cerrar de ojos, me lanzo hacia mi prima Violet. Nos abrazamos con tanta fuerza que casi nos caemos al suelo.

Huele a hierba fresca, a caballos y a la dulce libertad del verano.

—¡Te he echado de menos! —grito mientras Violet se aparta y esboza una sonrisa traviesa.

—Yo también.

Pillo a mi madre mirándonos con una mezcla de felicidad y tristeza. Yo me parezco a ella, y Violet, a su madre. Solo que la madre de Violet murió y la mía perdió a su hermana. Siempre he pensado que le gusta traerme aquí porque, cuando está en el rancho, se siente cerca de mi tía.

También porque así a mis padres les resulta más cómodo viajar por Europa. Mi padre dijo algo sobre que me vendría bien «ver cómo vive la otra mitad de la familia». No sé muy bien a qué se refería con eso, pero, cuando lo dijo, vi que mi madre apretaba los labios.

En cualquier caso, no me quejo, porque disfrutar de un mes entero en el rancho Pozo de los Deseos con la familia Eaton significa que puedo estar con mis primos y pasármelo en grande con ellos. Las reglas son más flexibles, no nos ponen hora para llegar a casa y puedo correr a mis anchas durante cuatro semanas cada verano.

—Robert, Cordelia. —El tío Harvey se adelanta para estrecharle la mano a mi padre; luego le da un fuerte abrazo a mi madre, que reacciona parpadeando demasiado rápido mientras observa los campos de cultivo y las montañas escarpadas al fondo—. Encantado de volver a veros.

Los tres se ponen a hablar de cosas aburridas de adultos, pero yo ya no los escucho porque veo salir a mis otros primos de la casa. Cade, Beau y Rhett bajan corriendo las escaleras entre bromas, empujones y comportándose como orangutanes.

Detrás de ellos aparece otro chico. Uno que no conozco. Uno que capta mi atención de inmediato. Alto, desgarbado, con el pelo color caramelo y los ojos más azules que he visto en la vida.

Y también los más tristes.

Cuando posa su mirada en mí, lo único que veo en su rostro es curiosidad. Aun así, giro la cabeza de golpe, sintiendo cómo el calor se extiende por mis mejillas.

Mi madre se acerca y me da unas palmaditas en la cabeza.

—Sloane, no te olvides de ponerte la crema solar. Ya estás demasiado roja. Pasas mucho tiempo en la escuela de danza, y tu piel no está acostumbrada a tanto sol.

Su preocupación solo hace que me sonroje aún más. Estoy a punto de cumplir once años y me está haciendo quedar como una cría delante de todos.

Pongo los ojos en blanco, molesta, y murmuro:

—Ya lo sé, me la pondré.

Luego cojo a Violet de la mano y me marcho enfadada.

Entramos en la casa y subimos a mi cuarto, la habitación de invitados, en busca de algo de privacidad mientras los demás se quedan fuera hablando.

Violet se deja caer sobre la cama y dice:

—Cuéntamelo todo.

Me río, me meto el pelo detrás de las orejas y miro hacia la ventana que da al camino de entrada.

—¿Todo sobre qué?

—¿El colegio? ¿La ciudad? ¿Qué quieres hacer este verano? No sé... Todo. Estoy tan contenta de tener otra chica aquí... Este lugar siempre apesta a chicos.

A través de la ventana, veo al chico misterioso estrechando la mano a mis padres. Noto el desagrado en la cara de mi padre y la pena en la de mi madre.

—¿Quién es ese chico? —pregunto sin poder dejar de mirarlo.

—Ah. —Violet baja un poco la voz—. Es Jasper. Ahora es uno de nosotros.

Me giro hacia ella arqueando una ceja y con las manos en las caderas, intentando actuar con naturalidad, como si no me interesara demasiado, aunque no sé muy bien cómo lograrlo.

—¿A qué te refieres?

Violet rueda sobre el colchón hasta quedarse sentada con las piernas cruzadas y se encoge de hombros.

—Necesitaba una familia, así que lo acogimos. No conozco todos los detalles. Hubo un accidente. Beau lo trajo aquí el otoño pasado. Yo lo veo como otro hermano apuesto. Piensa en él como un primo nuevo.

Ladeo la cabeza mientras mi corazón se enfrenta a mi cerebro.

El corazón está deseando mirar otra vez por la ventana, porque Jasper es tan guapo que, al verlo, se pone a dar saltitos en mi pecho.

El cerebro sabe que es una tontería, porque, si es amigo de Beau, debe de tener por lo menos quince años.

Pero no puedo evitarlo y lo vuelvo a mirar.

Lo que todavía no sé es que voy a pasar años luchando contra el impulso de mirar a Jasper Gervais.

Uno *Jasper*

Ahora...

El prometido de Sloane Winthrop es un gilipollas de cuidado.

Conozco muy bien a ese tipo de personas. Cuando uno está en la liga profesional de hockey, la NHL, te encuentras con unos cuantos como él.

Y este tío borda el papel.

El nombre Sterling Woodcock ya es bastante revelador por sí solo. Pero es que, encima, ahora se ha puesto a presumir del safari que hizo con su padre, en el que se gastaron cientos de miles de dólares para cazar leones criados en cautividad, como si eso los hiciera más hombres.

Desde el Rolex que lleva en la muñeca hasta las uñas impecables, exuda opulencia por cada poro. Supongo que es lógico que Sloane haya acabado con un hombre como él. Al fin y al cabo, los Winthrop son una de las familias más poderosas del país y prácticamente controlan el sector de las telecomunicaciones.

Mientras Sterling sigue hablando, miro a Sloane, sentada al otro lado de la mesa. Tiene la mirada baja, de modo que no puedo ver sus ojos del color del cielo, y no para de jugar con la servilleta en el regazo. Parece que preferiría

estar en cualquier otro sitio antes que en este asador tan recargado y mal iluminado.

Yo estoy en las mismas.

Escuchar a su futuro marido alardear ante una mesa llena de familiares y amigos a los que ni siquiera conozco sobre algo que, sinceramente, da vergüenza ajena (y bastante pena) no es la idea que tenía de cómo pasar mi noche libre.

Pero estoy aquí por ella; o eso es lo que me repito una y otra vez.

Porque al verla tan decaída a solo unos días de la boda, tengo la impresión de que necesita a alguien a su lado que la conozca de verdad. Los otros miembros de la familia Eaton no han podido venir a la ciudad esta noche, pero yo le prometí que estaría aquí.

Y, con Sloane, siempre cumplo mis promesas, por dolorosas que sean.

Esperaba verla sonreír. Radiante. Esperaba alegrarme por ella, pero no es así.

—¿Tú cazas, Jasper? —me pregunta Sterling con ese aire altivo y condescendiente.

El cuello de mi camisa de cuadros me está asfixiando, aunque llevo los botones de arriba desabrochados. Me aclaro la garganta y me enderezo.

—Sí.

Sterling coge el vaso de cristal que tiene delante y se recuesta en la silla, examinándose con una sonrisa de suficiencia en esa cara perfectamente afeitada.

—¿Te has hecho con alguna pieza importante? Seguro que te encantaría hacer un viaje como este. —Las personas que no me conocen asienten y murmuran, dándole la razón.

—No sé si... —empieza a decir Sloane, pero su prometido la interrumpe sin miramientos.

—Todos sabemos lo que has ganado con tu último contrato. No está mal para un portero. Así que, si has sabido administrarte bien, podrías permitirte sin problema.

Lo que yo decía: un auténtico gilipollas.

Me muerdo el interior de la mejilla, resistiendo el impulso de responderle que he sido un irresponsable absoluto con mi dinero y que estoy sin blanca. Pero, aunque mi origen sea humilde, tengo la clase suficiente como para saber que no es de buen gusto hablar de dinero en una cena.

—Qué va, hombre. Yo solo cazo lo que puedo comer, y no sabría ni por dónde empezar a cocinar un león.

Oigo algunas risas alrededor de la mesa, incluida la de Sloane. No se me escapa el instante en que Sterling entrecierra los ojos, aprieta los dientes y tensa la mandíbula.

Sloane interviene de inmediato dándole una palmadita en el brazo, como si estuviera intentando calmar a un perro. Casi puedo sentir sus delicados dedos sobre mi brazo, y, cuando quiero darme cuenta, estoy pensando en que ojalá me estuviera tocando a mí.

—No sé si alguna vez te he contado que yo también solía ir de caza con mis primos en Chestnut Springs.

Me transporto al pasado, recordando a una joven Sloane que se pasaba todo el verano siguiéndonos a los chicos. Una Sloane con las uñas llenas de tierra, las rodillas raspadas y el pelo enmarañado, aclarado por el sol, cayéndole por la espalda.

—Es más por la adrenalina, ¿sabes? Por el poder. —Sterling ignora por completo el comentario de Sloane.

Me mira como lo haría un contrincante, aunque no estamos en una pista de hockey. Es una pena, porque, de ser así, le lanzaría el disco directo a la máscara.

—¿No has oído lo que ha dicho Sloane? —Intento mantener la calma, pero me revienta cómo la ha estado tratando

durante toda la cena. No entiendo cómo ha podido terminar así. Es mi mejor amiga. Es elocuente, inteligente y divertida. ¿Es que él no lo ve? ¿No se da cuenta de lo que tiene?

Sterling hace un gesto con la mano y se ríe entre dientes.

—Ah, sí. Siempre oigo hablar del rancho Pozo de los De-seos. —Se vuelve hacia ella con una sonrisa burlona y un tono condescendiente—. Menos mal que dejaste atrás esa fase de marimacho, cariño. De lo contrario, habrías perdido tu vocación como bailarina.

Ahí es cuando me doy cuenta de que sí la ha escuchado y que ha decidido pasar de ella a propósito, lo que hace que su respuesta de mierda sea aún peor.

—¡No te imagino usando un arma, Sloane! —exclama al fondo de la mesa un tío con la nariz enrojecida por el exceso de whisky.

—Pues, en realidad, se me daba bien. Creo que solo le di a algo vivo una vez. —Suelta una risa suave y niega con la cabeza. Unos mechones le caen sobre la cara y se los aparta detrás de las orejas antes de bajar la mirada con un leve rubor—. Y luego me puse a llorar desconsoladamente.

Aprieta los labios y me quedo embelesado. Al instante, pienso en cosas que no debería.

—Recuerdo ese día. —La miro desde el otro lado de la mesa—. Esa noche ni siquiera probaste el venado de la cena. Todos intentamos consolarte, pero no hubo forma. —Ladeo la cabeza, inmerso en ese viaje por la memoria.

—Y esa es la razón —empieza Sterling, señalando a Sloane sin ni siquiera mirarla— por la que las mujeres no deberían cazar. Es demasiado traumático para ellas. —Los viejos amigos de Sterling a los que conoció en la fraternidad se ríen a carcajadas por su lamentable comentario, lo que le anima a llevar su estupidez a cotas insospechadas. Levanta la copa y

recorre la mesa con la mirada—. ¡Por mantener a las mujeres en la cocina!

Se oyen algunas risas y unos pocos murmuran «Salud» o «Bien dicho».

Sloane se seca los labios carnosos con una servilleta de tela blanca, esbozando una sonrisa forzada, pero no aparta la vista del sitio vacío frente a ella. Sterling continúa pavoneándose con los demás invitados, ignorando a la mujer que tiene al lado.

Ignorando esa parte de sí misma que ha intentado compartir con él. Ignorando cómo la ha avergonzado.

Estoy a punto de perder la poca paciencia que me queda. Me muero de ganas de largarme de aquí.

Sloane me mira desde el otro lado de la mesa y esboza una de sus sonrisas ensayadas. Sé que es falsa porque he visto su sonrisa real.

Y esta no lo es.

Es la misma que puso cuando le dije que no podía acompañarla a su baile de graduación. Que fuera con un jugador de la NHL de veinticuatro años no era lo más apropiado para ninguno de los dos, y yo fui el gilipollas que tuvo que decírselo.

Le devuelvo la sonrisa, sintiendo cómo la frustración se va acumulando en mi interior al saber que está a punto de casarse con alguien que la trata como si fuera un adorno, que no la escucha. Alguien que no valora que sea una mujer compleja, llena de matices, y no solo la princesa perfecta en la que la ha convertido su familia.

Mantenemos el contacto visual y observo cómo sus mejillas empiezan a teñirse de rosa. Echa los hombros hacia atrás y bajo la vista hasta su clavícula. De pronto me imagino la miéndola justo ahí, haciéndola estremecer.

Vuelvo a mirarle la cara de inmediato. Como si me hubiera pillado. Como si, de algún modo, pudiera oír mis pensa-

mientos. Porque ambos sabemos que no puedo mirarla así. Al fin y al cabo, es como si fuéramos familia. Y lo que es peor, ahora pertenece oficialmente a otro hombre.

Sterling se da cuenta de nuestro intercambio de miradas y vuelve a centrar su atención en mí, lo que me provoca un escalofrío.

—Sloane me ha dicho que sois amigos desde hace años. Perdona la confusión, pero no creía que un jugador de hockey algo bruto pudiera ser amigo de una primera bailarina. Aunque también es cierto que no te he visto mucho desde que ella y yo estamos juntos. ¿Hay algún motivo por el que te hayas mantenido tan alejado? —Pasa un brazo sobre su hombro en un claro gesto de posesión, pero intento no obsesionarme mucho con ello.

—Si te soy sincero, yo tampoco he oído hablar mucho sobre ti. —Lo digo con un tono lo suficientemente desenfadado como para que nadie que no se esté fijando en cómo nos miramos capte la indirecta. Luego me recuesto en la silla y me cruzo de brazos—. Pero, bueno, supongo que no debo de ser tan bruto si soy yo quien le lleva la pomada antibiótica y los analgésicos cuando tiene los pies tan destrozados por las zapatillas de ballet que no puede ni caminar.

—Ya te lo comenté. —Sloane usa un tono conciliador—. Jasper me ayudó a mudarme a mi nuevo piso. A veces quedamos para tomar un café. Cosas sencillas como esas.

—Vamos, que Sloane sabe que, si necesita algo, siempre voy a estar ahí —añado sin pensarlo demasiado.

Sloane me mira de reojo. Debe de estar preguntándose por qué me estoy comportando como un capullo territorial. Para ser sincero, yo también me lo pregunto.

—Menos mal que ahora me tienes a mí para todo eso —le dice Sterling a Sloane, aunque es a mí a quien mira. A continuación coloca una mano sobre las de ella, que ahora están

apoyadas sobre la mesa, retorciendo la servilleta con nerviosismo. Sin embargo, no es un gesto de apoyo ni destinado a reconfortarla; es más bien un manotazo, como un reproche a su inquietud.

La rabia fluye por mis venas. Tengo que salir de aquí antes de hacer algo de lo que realmente me arrepienta.

—Bueno, me retiro por esta noche —anuncio. Empujo la silla hacia atrás, desesperado por alejarme de estas paredes oscuras con estas cortinas de terciopelo que me asfixian y respirar un poco de aire fresco.

—Sí, será mejor que descanses, Gervais. Con la temporada que tuviste el año pasado, vas a necesitar toda tu energía si quieres que los Grizzlies levanten cabeza —comenta Sterling.

Me ajusto los puños de la camisa y hago un esfuerzo enorme por ignorar su pulla.

—Gracias por invitarme, Woodcock. La cena ha estado deliciosa.

—Te ha invitado Sloane —responde con tono petulante, dejando claro que no le caigo bien... o que le molesta mi presencia.

Le sostengo la mirada sin parpadear y esbozo una sonrisa de medio lado. En serio, me cuesta creer que alguien pueda ser tan imbécil. Noto que todos nos observan y empiezan a percibir la tensión en el ambiente.

—Bueno, para eso están los amigos.

—Un momento, ¿tú no eras su primo? —pregunta el tío borracho, señalándome. El movimiento provoca que derrame un poco de whisky de su vaso y se moje la mano.

No sé por qué Sloane y yo siempre hemos insistido tanto en aclarar que somos amigos, no primos. Si alguien me dijera que Beau, Rhett o Cade no son mis hermanos, lo corregiría de inmediato. Porque sí, son mis hermanos.

Pero Sloane... Ella es mi amiga.

—En realidad, somos amigos, no primos —señala Sloane, arrojando la servilleta sobre el mantel blanco con más ímpetu del necesario.

Toda la gente que está aquí por su boda nos mira.

Su boda. Una boda que se celebra este fin de semana.

Siento un nudo en el estómago.

—¿Vas a venir mañana a la despedida de soltero, Gervais? —continúa el borracho, hipando y esbozando una sonrisa bobalicona que me recuerda a uno de los ratones beodos de la fiesta del no-cumpleaños del Sombrero Loco—. Me encantaría decir que he salido de juerga con la superestrella del hockey Jasper Gervais.

¿Quién se iba a imaginar que la única razón por la que un tipo como este quiere que esté presente es para presumir de ello?

—No puedo. Tengo partido. —Esbozo una sonrisa forzada, pero el alivio que siento al levantarme de la silla es inmenso.

—Te acompaño fuera —dice Sloane sin darse cuenta de la mirada asesina que le lanza Sterling. O quizá solo está fingiendo que no la ve.

Sea como sea, levanto la mano, le hago un gesto para que pase primero y atravesamos el restaurante en silencio.

Cuando intento apoyar la palma en la parte baja de su espalda para guiarla, noto cómo se tensa y, en cuanto siento el calor de su suave piel desnuda en las yemas de los dedos, retiro la mano de inmediato. Mantengo la vista en el suelo y meto la mano, que aún me arde, en el bolsillo, donde debería estar, ya que la espalda descubierta de una mujer que está a punto de casarse con otro no es el lugar más adecuado.

Aunque solo sea mi amiga.

No vuelvo a mirarla hasta que nos acercamos a la entrada del restaurante. Sloane se mueve con una fluidez y elegancia

cia innatas que solo se consiguen tras años de práctica y dedicación.

Sonríe educadamente al *maître* y acelera el paso, como si pudiera vislumbrar la libertad más allá de la pesada puerta y la deseara con desesperación. Cuando apoya ambas manos en la madera oscura, baja los hombros y su cuerpo entero se relaja, casi con alivio.

La observo un instante antes de acercarme a ella por detrás, sintiendo el calor que su cuerpo emana hacia el mío. Luego estiro el brazo por encima de su esbelta figura, empujo la puerta y ambos salimos a la fresca noche de noviembre.

Me meto las manos en los bolsillos de los pantalones para no caer en la tentación de agarrarla de los hombros, sacudirla y exigirle que me explique por qué cojones está a punto de casarse con un hombre que la trata como lo hace Sterling Woodcock. Porque, en realidad, no es asunto mío.

Se queda de espaldas a mí, mostrándome su columna desnuda, mientras contempla la concurrida calle de la ciudad, llena de coches que pasan en un borroso juego de luces rojas y blancas. Una nube de vaho se arremolina sobre su hombro, como si estuviera intentando recuperar el aliento.

—¿Estás bien?

Asiente con vehemencia antes de volverse hacia mí con esa extraña sonrisa artificial de esposa perfecta.

—No tienes buen aspecto. —Agarro las llaves con fuerza en mi bolsillo y las hago tintinear.

—Joder, gracias, Jas.

—A ver, estás guapísima —me apresuro a añadir. Cuando veo que abre los ojos de par en par, frunzo el ceño—. Como siempre. Pero no se te ve muy... feliz.

Parpadea despacio y curva las comisuras de los labios en una leve mueca.

—¿Y se supone que eso es mejor? ¿Guapa pero desdichada?

Dios. La estoy cagando. Me paso una mano por el pelo.

—¿Eres feliz? ¿Él te hace feliz?

Abre la boca, sorprendida. Sé que he cruzado una línea o que me falta muy poco para hacerlo. Pero alguien tiene que preguntárselo, y no creo que nadie lo haya hecho.

Necesito que lo diga en voz alta.

Veo cómo se sonrojan sus pálidas mejillas. Da un paso hacia mí con la mandíbula tensa y mirándome con los ojos entrecerrados.

—¿En serio me estás preguntando esto ahora?

Suelto un suspiro y me muerdo el labio inferior con la vista clavada en esos grandes ojos azules, tan abiertos y rezumantes de indignación.

—Sí. ¿Alguien más te lo ha preguntado?

Aparta la mirada, se lleva las manos a las mejillas y se echa hacia atrás el cabello rubio, que le llega hasta la clavícula.

—No, nadie me lo ha preguntado.

Aprieto las llaves de casa con tanta fuerza que se me clavan en la palma.

—¿Cómo conociste a Sterling?

—Nos presentó mi padre. —Se queda mirando el cielo nocturno. Es negro, sin una sola estrella visible; nada que ver con el del rancho, donde puedes ver cada destello de luz. Todo en esta ciudad me parece contaminado si lo comparo con Chestnut Springs. Decido que, en cuanto salga de aquí, me voy a ir a mi casa en el campo en lugar de pasar otra noche respirando el mismo aire que Sterling Woodcock.

—¿Y de qué lo conocía tu padre?

Me mira.

—El padre de Sterling es su nuevo socio. Ahora que ha vuelto a la ciudad, solo piensa en ampliar su red de contactos.

—¿Y hace cuánto que lo conoces?

Se humedece los labios.

—Nos vimos por primera vez en junio.

—¿Cinco meses? —Alzo las cejas y retrocedo un paso. Si se los viera locamente enamorados, podría entenderlo, pero...

—¡Ni se te ocurra juzgarme, Jasper! —Le brillan los ojos. Da otro paso hacia mí. Soy mucho más alto que ella, pero eso no la intimida en absoluto. En este momento, arde de rabia. Está furiosa conmigo. Aunque creo que es porque confía en mí lo bastante como para desahogarse, y a mí me parece bien que lo haga. Me alegra ser esa persona para ella.

La voz le tiembla cuando añade:

—No tienes ni idea de la presión con la que vivo.

La atraigo hacia mí sin dudarle y rodeo sus delgados hombros con mis brazos. Está rígida y nerviosa. Casi puedo sentir la tensión vibrando dentro de ella.

—No te estoy juzgando, Sol.

Por lo visto, este no es el momento para recurrir a los apoyos de nuestra infancia.

—No me llames así —me pide con voz quebrada mientras apoya la frente en mi pecho, como siempre ha hecho. Bajo la palma de la mano por su pelo hasta la nuca, sosteniéndola con delicadeza.

Como siempre he hecho.

Durante un segundo, me pregunto qué diría Sterling si saliera a la calle justo en este momento. A mi parte más mezquina le encantaría verlo.

—Solo quiero entender por qué estáis yendo tan rápido. Por qué no lo he conocido antes. —Hablo en voz baja, con un tono grave que casi se pierde entre el murmullo de los coches que pasan.

—Bueno, ya sabes que el ballet no me deja mucho tiempo libre. Y tú tampoco has dado muchas señales de vida últimamente.

Siento una punzada de culpa en el pecho. El año pasado, mi equipo tuvo una mala temporada y me prometí a mí mismo que entrenaría más duro que nunca durante el parón de la liga.

—He pasado el verano entrenando y viviendo en Chestnut Springs. —Y no miento. La novia de mi hermano abrió un gimnasio de la leche allí, y no encontré ningún motivo para pasar esos meses en la ciudad—. Luego empezó la pretemporada y ya no tuve tiempo para nada.

Lo cual también es cierto.

Lo que no es verdad es que haya estado tan ocupado como para no poder hacerle un hueco. Podría haberlo hecho. Pero no lo hice. Porque sabía que su padre había regresado a la ciudad y prefiero evitarlo a toda costa. Además, el anuncio de su compromiso me afectó de una manera que no esperaba.

—Debería habértelo contado en vez de dejar que te enteraras de esa forma —murmura.

Intento no recordar el momento en que Violet soltó la noticia de su compromiso hace unos meses. En cómo me quedé congelado en mi sitio mientras se me caía el alma a los pies con un golpe seco.

Paso una mano sobre su cabeza y le doy un apretón en los hombros, evitando esa franja de piel cálida y desnuda en su espalda.

—Debería habértelo preguntado —respondo—. Pero... estaba ocupado. No me imaginaba que tu vida fuera a cambiar... tan rápido. —Y esto también es verdad.

Noto como se relaja en mis brazos, como sus pechos suaves se aplastan contra mis costillas mientras me clava los de-

dos en la espalda. Solo durante un instante, porque luego se aparta. El abrazo ha durado lo justo para ser algo más que un simple abrazo, pero no hemos cruzado la línea.

Aunque todavía me muero por atraerla de nuevo hacia mí.

—Pues sí, es lo que hay. —Baja la mirada y se alisa la manga de su vestido de seda verde claro, que brilla bajo la tenue luz—. Mi padre y yo estuvimos de acuerdo en que lo mejor era celebrar la boda en otoño en lugar de alargar más las cosas.

Aprieto los dientes. La simple mención de Robert Winthrop me pone de los nervios, y el hecho de que haya influido en la decisión de Sloane de casarse hace que se me disparan todas las alarmas.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño. Debería ser más sensato. Dar media vuelta e irme. Dejar que sea feliz.

Esto no tendría que afectarme tanto. Si realmente la viera feliz, no me importaría.

O quizá sí.

Sloane hace un gesto con la mano y mira hacia atrás, hacia el restaurante, dejando al descubierto su esbelto cuello.

—Por varias razones —responde encogiéndose de hombros con resignación. Es como si supiera que cada vez le queda menos tiempo conmigo. No creo que Sterling vaya a ser el tipo de marido que vea con buenos ojos nuestra amistad.

—¿Razones? ¿Como que estás deseando convertirte en la señora Woodcock? Porque nadie querría un apellido así. ¿O es tu padre el que te ha presionado?

Cuando menciono a su padre, los ojos le echan chispas. Nunca lo ha visto como el manipulador que es. Jamás. Ha estado demasiado ocupada siendo la hija ideal (y ahora la novia perfecta). Alguien que cumple lo que se espera de ella y que ya no hace cosas como cazar.

—Y si fuera así, ¿qué? Tengo veintiocho años. Los mejores años de mi carrera como bailarina están llegando a su fin. Necesito sentar la cabeza, tener un proyecto de vida. Mi padre se preocupa por mí.

Suelto una risa seca y niego con la cabeza.

—¿Dónde está la chica aventurera que recuerdo? ¿La que bailaba bajo la lluvia y se subía al tejado para que no estuviera solo en mis noches más difíciles?

La han moldeado hasta convertirla en un peón más para su tablero. Y me da rabia por ella. Nunca nos hemos peleado, pero, de repente, el impulso de pelear por ella nubla mi sentido común.

—Tu padre es un cabrón. Solo se preocupa por sí mismo, por sus negocios y por las apariencias. No por tu felicidad. Te mereces algo mejor.

Lo que de verdad quiero decirle es que yo podría darle algo mejor. Y eso lo he descubierto esta misma noche, sentado en la mesa de este restaurante.

Estoy pensando en cosas en las que no debería pensar.

Deseando cosas que no puedo tener.

Porque he llegado demasiado tarde.

Sloane retrocede como si le hubiera dado una bofetada, con los labios apretados por la rabia y el rubor subiéndole por el pecho y el cuello.

—No, Jasper. El que es un cabrón es tu padre. El mío me quiere. Tú simplemente no sabes lo que es eso.

Da media vuelta y abre la puerta del restaurante con una violencia poco habitual en ella.

Prefiero verla furiosa antes que apática. Eso significa que la chica salvaje todavía está ahí, en algún lugar.

Me ha dicho cosas que deberían dolerme. Pero el único dolor que siento es por ella. Porque sí, mi padre biológico es un cabrón, pero ¿el hombre que me ha criado? ¿Harvey Ea-

ton? Él es el mejor. Él me ha enseñado lo que es el amor, y sé reconocerlo perfectamente.

También recuerdo cómo Sloane mira a un hombre cuando lo desea de verdad. Y no mira a su prometido de la forma en que solía mirarme a mí.

Algo que me complace mucho más de lo que debería.



**DOS AMIGOS DE LA INFANCIA.
DOS CORAZONES ROTOS.
UN VIAJE POR CARRETERA IMPROVISADO
PARA HUIR DE TODO.**

Hace años que vivo condenada
a no ser más que una amiga para él.

Para los fans de Jasper Gervais, él es solo el jugador
de hockey rompecorazones que sale en televisión.
Sin embargo, para mí sigue siendo ese chico perdido
con los ojos tristes y un corazón de oro:
el hombre al que he amado en secreto durante años.

Así que, cuando mi vida se desmorona el día de mi boda,
tiene sentido que sea él quien venga al rescate.
Y cuando su mundo también se derrumba a su alrededor,
yo estoy a su lado para devolverle el favor.

Aunque, cuanto más tiempo pasamos a solas, más evidente
me resulta que Jasper ya no me mira como a una amiga.
Y tampoco me toca como a una amiga.

Se comporta como si me deseara.

Pero se ha pasado años rechazándome,
así que va a tener que demostrarlo...

CONTRALUZ

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-70-3



9 788419 822703

Cód.: 3530163